

Babelia<sup>836</sup>

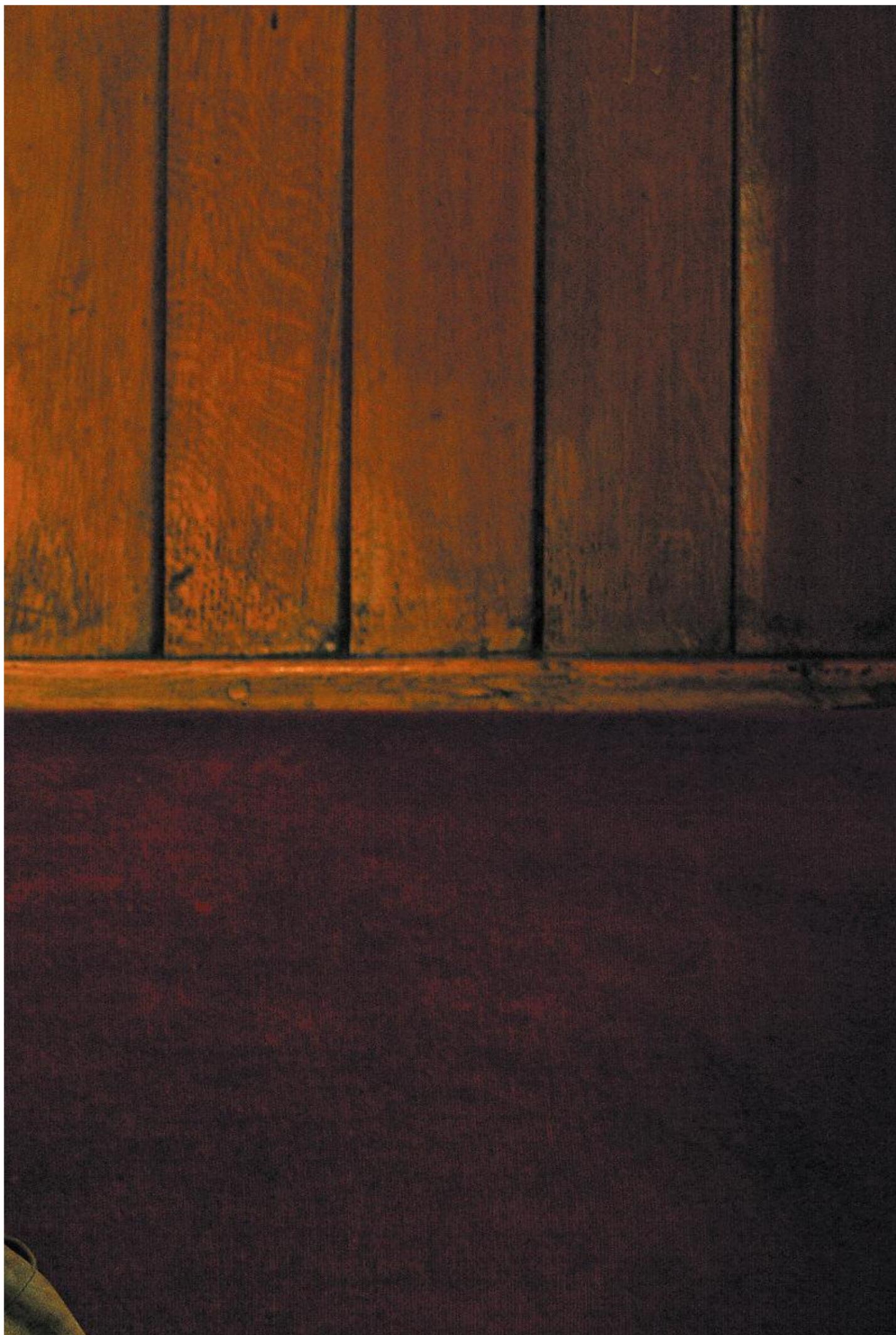
NÚMERO 836. EL PAÍS. SÁBADO 1 DE DICIEMBRE DE 2007

Pérez-Reverte  
viaja al Dos de Mayo

# “¡Maldito



# día!”



Arturo Pérez-Reverte revive de manera impresionante en *Un día de cólera*, su nuevo libro, la feroz jornada del Dos de Mayo de 1808 en Madrid, devolviéndola a la calle con toda su sangre y salvajismo y con tono documental.

Texto: **Jacinto Antón**

Fotos: **Cristóbal Manuel**

**C**AÑONES, CAÑONES, CAÑONES. “Colocaron las piezas ahí, dos de a ocho libras y dos de a cuatro, para cubrir la transversal de San José en las dos direcciones, hacia San Bernardo por la derecha y hacia Fuencarral por la izquierda, y enfilando también la calle de San Pedro, al frente. Desde aquí les tiraban a los franceses, vinieran por donde vinieran”. Arturo Pérez-Reverte hace una mueca lobuna y señala con la mano como si orientara a los artilleros del parque de Monteleón y estuviéramos metidos de lleno en aquel fregado de humo, pólvora y espanto, el Dos de Mayo de 1808, nada menos. Hasta parece prudente agacharse.

Nos encontramos en uno de los escenarios principales (la madrileña plaza del Dos de Mayo) de aquella histórica, violenta y controvertida jornada de la que pronto se cumplirán 200 años y a la que el escritor ha dedicado su nuevo libro, *Un día de cólera* (Alfaguara), una reconstrucción apasionante y minuciosa hasta la obsesión de los sucesos que tuvieron lugar en la fecha. “Por ahí entró la columna Lagrange-Lefranc”, está diciendo el autor, “dos mil hombres, encabezados por un destacamento de gastadores y granaderos de la Guardia Imperial; imagina los chacós negros, las relucientes bayonetas, los toques de corneta, el crepitar de la fusilería”. El lugar está tranquilo como una balsa de aceite en esta tarde radiante. Un grupo de jóvenes con monopatinés, varios paseantes con perros y un tipo que, sentado, da cuenta de un gran bocadillo, miran de reojo, con cierta aprensión, a Pérez-Reverte, que luce un radical corte de pelo a lo paracaidista de la 82ª Airborne en Sainte-Mère-Eglise, y sigue indicando con rasgo feroz ángulos de tiro, líneas de ataque, movimientos de tropas.

“Éste fue nuestro Álamo”, afirma contundente. Y agrega, con tono compungido, señalando al suelo, junto a la puerta monumental conservada en medio de la plaza que es lo único que queda del viejo edificio del parque de artillería: “Exactamente aquí cayó Daoíz, y allá Velarde”. Las ajadas esta-

Pasa a la **página siguiente**

Viene de la **página anterior**

tuas de los dos héroes —les faltan las espaldas originales y el pedestal está atravesado de grafitos— parecen inclinarse para observar por encima del hombro del novelista.

Pasear por los escenarios del Dos de Mayo con Arturo Pérez-Reverte de *scout* es —igual que leer su libro— como ver resucitar la historia bajo tus ojos. Tras callejear tropezando con grupos de paisanos armados, esquivando balazos, cuerpos tirados de cualquier manera y charcos de sangre —“mira, la calle del Barquillo, aquí murió el hijo del general Legrand, oficial de caballería, de un macetazo”—, llegamos por la calle Mayor hasta cerca de la Puerta del Sol, donde vemos pasar a la caballería francesa del *Chef d'escadron* Daumesil, dragones, cazadores y granaderos montados, con los mamelucos en vanguardia, preparada para cargar. El escritor se detiene y aprovecha para evocar el ataque de los coraceros de Rigaud en la Puerta de Toledo. El suelo parece temblar con la evocación de la masa compacta de esa caballería pesada. Esa vibración de la tierra que notan los personajes del libro antes de ver llegar a los 926 coraceros... “Es real. Pude sentirla durante el rodaje de *Alatriste*, durante el ataque contra el cuadro español, con todos aquellos caballos”, explica Pérez-Reverte. La escena de *Un día de cólera* recuerda la de *Salvar al soldado Ryan* en la que llegan los pánzer y los precede una trepidación de los cristales, las paredes, la tierra —no en balde, al cabo, los regimientos de coraceros se convirtieron en unidades de blindados—. “Yo eso lo viví en Vukovar”, añade el novelista, “con Márquez, el cámara; la sensación de desasosiego cuando se acercan los carros de combate...”.

El largo paseo por “la batalla de Madrid” del Dos de Mayo es el postre de la conversación con Arturo Pérez-Reverte (Cartagena, 1951) en el café Gijón, donde el novelista recibe con un humor excelente y sorprendentemente sosegado. Es posible que *Un día de cólera*, paradójicamente, le haya calmado. Ante la primera pregunta, no obstante, se revuelve como si lo hubieran azotado con un *knut*.

**PREGUNTA. Un día de cólera tiene un aire periodístico.**

RESPUESTA. Para nada. No es periodismo.

P. Bueno, no es ficción, ni libro de historia, dice usted, se parece a aquellos libros de Dominique Lapiere y Larry Collins, como *¿Arde París?* Aquí es un poco *¿Arde Madrid?* El amplísimo reparto, esos personajes —todos reales, subraya usted— a los que seguimos de un lado a otro, las vidas y perspectivas que se entrecruzan, la minuciosidad en situar a cada uno en el momento exacto y en el lugar preciso... Marbot se corta afeitándose, Moratín se quema con el chocolate, una manola le canta una copla a Daoíz, Murat imparte órdenes de tirar sin compasión en su cuartel general en el palacio Grimaldi...

R. Eso sí, es un libro documento, basado en los datos, los informes militares, las memorias de los que vivieron aquellos hechos, los documentos oficiales, las listas de muertos y heridos. Pienso más que en Lapiere y Collins en Cornelius Ryan.

P. El autor de *El día más largo, Un puente lejano...*

R. Y *La caída de Berlín*, sí.

P. Ese afán de objetividad, ese puntillismo, los nombres, dónde mata y muere cada uno...

R. El Dos de Mayo es algo muy contaminado y manipulado por todo el mundo durante 200 años. He querido despojarlo de todo eso, mostrarlo como fue, con información de primera mano —he consultado una cantidad ingente de documentación—, y hacer que el lector lo viva, por primera vez, en la calle. Que entienda cómo fue, y que se sienta un participante, que pase miedo, que corra, que sude. *Un día de cólera* es un libro basado en los testimonios, absolutamente riguroso. Es novela sólo en la medida en que he llenado los agujeros que deja la documentación usando técnicas de narrador, poniendo la argamasa que une los datos. Pero empleo un lenguaje directo, objetivo, frío, sin adjetivos. Un tono documental. Aquí no hay héroes, ni heroísmo, ni épica. No he ido a juzgar el aspecto ético. Es un libro descripti-

vo, distante. Me separo del sujeto para dejarle el sitio al lector, es él el que se mete en la acción, se codea con los personajes.

P. Dice que el Dos de Mayo ha sido muy manipulado.

R. Desde el día siguiente. Por los patriotas, por el absolutismo de Fernando VII, los liberales, la I República, la monarquía, la II República —que puso el énfasis en el protagonismo del pueblo—, el franquismo —para Franco los héroes eran Daoíz y Velarde, claro, los militares a la cabeza del pueblo—... De nada como del Dos de Mayo se han hecho tantas lecturas.

P. Entonces, su propuesta...

R. La historia ya ha sido contada, no voy a reescribir a Galdós —como hacen otros—, sería ridículo. Ni voy a dar una interpretación. Que sea el propio lector el que interprete. Quien quiera ver en esto un arrebato patrioter va de culo.

P. Eso de frío, distante, objetivo... se lo salta a veces con algunos trucos.

R. Claro, es una narración, y uso la libertad que me da ser novelista. El historiador, en cambio, no puede narrar ciertas situaciones, no está autorizado a rellenar los huecos, las lagunas de la historia.

P. Aquello, como lo muestra, fue una ordalía de sangre y violencia.

R. Una lucha sucia, callejera. Cada uno hizo su guerra. La reina fue la navaja. Los franceses hablan de ella con acojone. No navajitas de las de ahora, sino trastos de dos palmas.

P. De hecho, la única onomatopeya que se permite es la de la multitud enfurecida en Puerta del Sol abriendo al unísono sus navajas: clac-clac-clac.

R. Centenares de cachicuernas albaceteñas de siete muelles..., he imaginado ese ruido.

P. Aquel día los madrileños inventan un arma nueva letal: la maceta.

R. Sí, una auténtica innovación bélica española. Matan a varios franceses lanzándoselas desde balcones. Les tiran de todo, tejas, ladrillos, botellas, muebles, agua y aceite hirviendo. Unos tipos saquean la armería real y combaten con armas antiguas, cascos, escudos, viejas espadas, alabardas de tiempos de Carlos V... El cerrajero Molina mata a un imperial a garrotazos. Otros usan hachas, hoces, agujas, lo que sea...

P. Su descripción de la célebre carga de los mamelucos, al frente de la caballería de la Guardia Imperial, es estremecedora.

R. Un choque brutal. A los mamelucos que caen los degüellan como a gorrinos, “moros”, les llaman. Claro que, para un madrileño de entonces, un mameluco egipcio, con el atavío oriental, turbante, *cahouk*, bombachos escarlata, le parecería el no va más de lo musulmán...

P. Pero en realidad había mucho mameluco francés, ¿no?, eran un poco como los zuavos, una indumentaria exótica.

R. Eso, la incorporación de franceses, fue más tarde, los mamelucos que cargaron en Madrid eran originales, egipcios, como el pobre Moratín del que hablo y al que, entre tres, le rebanan el cuello.

P. En todo caso, cargarse a un mameluco —a los que Napoleón concedió un águila por su valor en Austerlitz— o a un coracero, ya que estamos, requería valor.

R. Sí, eran soldados de élite. Para ser coracero, *les gros frères*, *les hommes de fer*, debías medir un mínimo de 1,73, que era una buena altura entonces. Eran tropas que impresionaban, con enormes caballos.

P. Sí, cantaban aquello tan simpático “C'est la charge, c'est la foudre, / c'est l'assaut dans la sang et dans la poudre”. ¿Cómo caen ante simples civiles?

R. Imagínate que eres un coracero, digamos que te llamas Dupont, muy marcial, muy bravo, muy duelista, que te has paseado por todos los campos de batalla de Europa, por Eylau, con Hautpoul, por Friedland. Y llegas a la Puerta de Toledo y en vez de los enemigos acostumbrados, todo orden y banderas, se te tiran encima cuatrocientos tíos con navajas, puñales, macetas... Una manola le mete un espetón de asar a tu montura por los belfos, otra se deja atropellar para detenerte; un cura te pega un escopetazo. Te acojonas. Te dices: ¡*Mon Dieu*, yo no soy un gendarme, yo soy un soldado! Goya muestra muy bien lo que fue aquello: la gente estaba enloquecida, rabiosa, se tiraban a

los pies de los caballos para hacerlos caer. Eso tú y yo no lo hacemos.

P. Yo, desde luego que no.

R. El que hace eso es el mismo español que despotrica de Zapatero, de Rajoy, de Bono, aunque más primitivo, más fanatizado, trabajado a fondo por la Iglesia. Coge y suelta a ese tío bien cabreado ante los franceses y tienes el Dos de Mayo. Primero es cólera pura; luego, cuando las cosas comienzan a ir mal, siguen peleando por vergüenza, vergüenza torera, y venganza.

P. Hubo muchas mujeres en la lucha.

R. Sí. Es muy sorprendente que, por ejemplo, entre los que se enfrentan a la caballería francesa hay una gran cantidad de mujeres. También las hay en Montealeón, con los artilleros, arrastrando cañones si es necesario, como Ramona García Sánchez. Casi la mitad de las bajas que recoge la documentación son mujeres.

P. Se las cargan los franceses sin miramientos.

R. Hombre, tú mismo, si se te tira encima una pescadera con tijeras herrumbrosas de limpiar pescado en la mano buscándote la yugular, no sé, yo no dejo que se me acerque.

P. ¿Sumergirse como lo ha hecho en el Dos de Mayo le ha llevado a alguna conclusión sobre el significado de esa fecha?

R. Mi conclusión es que ¡maldito día! El Dos de Mayo es una losa que aún nos pesa. Es el día en que el instinto, el coraje, el fanatismo, el valor, el patriotismo, el ansia de

**“Pelean por barullo o por cabreo: esos franchutes le han tocado las tetas a mi novia, son unos cabrones, chuloputas”**

**“El drama del Dos de Mayo es el de los lúcidos, los que saben que combatir a los franceses es defender a unos reyes incapaces”**

rapiña, el deseo de venganza, lo noble y lo innoble produjeron un proceso que trajo consecuencias terribles para España. Los madrileños luchan en el bando equivocado ese día. Para restituir el viejo orden, casposo, ruin. Esa épica callejera nos metió en una pesadilla que arrastramos hasta hoy, ahí nacen las dos Españas. Insisto: ¡maldito sea el día! El drama del Dos de Mayo no es sólo el de los 400 muertos españoles censados. Es el de la inteligencia, el drama de los lúcidos. De la gente que sabe que la razón, el progreso, está del lado de los franceses, que el futuro es ése. Y que combatir a los franceses es defender a unos reyes incapaces y a unos curas fanáticos. La familia real, esos Borbones, eran lo más abyecto, despreciable y vil de Europa. Por eso mucha gente se quedó en sus casas. Moratín, Goya, Blanco White... Qué día más terrible cuando el bando del honor se contraponen abiertamente a todo lo que quieres y en lo que crees.

P. Usted parece identificarse con los afrancesados, por la cabeza, y también por el corazón, con la gente del pueblo llano que se echa a la calle, la gente a la que finalmente dejan en la estacada, el “pueblo huérfano”, como ese valiente chispero, Juan Gómez, escéptico y descreído, que es un trasunto suyo.

R. ¡No, no te equivoques! Aquí no hay trasuntos míos, no me invento nada ni a nadie. Todos los personajes son reales, contruidos a partir de testimonios. Mi libertad ha sido, sabiendo que cinco mueren en la misma esquina, hacer que se conozcan, que hablen entre ellos, lo cual no es muy osado suponer.

P. ¿Cuántos personajes maneja?

R. Unos trescientos.

P. ¿Quién lucha ese día?

R. El mito de siempre es que ese día lucha el pueblo todo, la nación. Eso es mentira. La mayoría de la gente está en sus casas. Es la chusma, el pueblo bajo, ignorante, el que sale a la calle. Las putas de Lavapiés, los matarifes del Rastro, los chisperos (herreiros) de Barquillo, los delincuentes, los mendigos. Muchos salen por barullo, por chulería, por robarle al francés los dineros de la bolsa y arrancarle los dientes de oro. Por venganza: esos franchutes le han tocado las tetas a mi novia, son unos cabrones, chuloputas, no pagan el vino.

P. ¿Y el patriotismo?

R. A veces lo confundimos con el cabreo, que es lo que hay en abundancia el Dos de Mayo. Por eso mi libro se titula *Un día de cólera* y no *Un día de gloria*. Lo del patriotismo en el Dos de Mayo es en buena parte manipulación. Al acabar la jornada la gente cree que todo ha terminado ahí, un motín y nada más. Ni independencia ni leches. No sabían lo que estaban haciendo, lo que vendría después. Aquel día, combatiendo en Madrid, había algunos patriotas, sí, y militares, incluso un aristócrata. Pero hay que comprender que la algarada es popular y viene del cabreo. Era cólera, no patria. El del Dos de Mayo es el mismo español que pega al ministro, que se cabrea en Barajas. Sale a cargarse franceses como sale a cargarse curas durante la República. Ese español tan peligroso. “¡Con razón o sin ella!”, ese terrible motivo del español para pelear. El Dos de Mayo no hay propósito definido, no hay cabeza rectora. Por eso resulta tan difícil a los franceses pararlo. Lo de la nación y la patria viene después. Luego todo el mundo se apropia de aquello. Volverán a hacerlo el próximo 2 de mayo de 2008. Yo quiero devolver el 2 de mayo a la calle, insisto. Que el lector corra ante los caballos, escuche las balas golpeando a su lado, se agobie, participe en el combate callejero, se encuentre con gente que no volverá a ver, se meta en el caos, el humo, los gritos, la sangre...

P. Ahí su experiencia de corresponsal de guerra es un punto.

R. Cuando hablo de saltar tapias delante de tipos armados que te persiguen no me lo explican, lo he vivido, y eso se nota. Puedo reconstruirlo con soltura. Yo he estado allí, sé lo que se siente. Eso lo hace muy real.

P. El parque de artillería de Montealeón es uno de los centros de *Un día de cólera*.

R. La que llamo la batalla de Madrid tiene sus escenarios ahí, en Montealeón, y en el eje Palacio Real-Puerta del Sol-Buen Retiro y en la Puerta de Toledo, más los lugares de los fusilamientos. El parque de Montealeón es nuestro Álamo. En ese lugar mueren más que en la misión tejana. ¡Mira que hemos comido con patatas leyenda del Álamo!, tanto Travis, Bowie y Crockett.

P. *Remember the Alamo, Remember Montealeón*. Es verdad, los franceses incluso tocan a degüello como los lanceros de Santa Ana. Aquí también son tres los líderes de la resistencia: Daoíz, Velarde y Ruiz, Jacinto Ruiz, teniente.

R. Si te acercas ves que eran unos matados. Dos oficiales, simples capitanes, uno por exaltación —Velarde, el típico militar de “¡viva España!”, el que asalta la trinchera en Rusia a pecho descubierto—, el otro por decencia —Daoíz, callado y frío, pero que se suma al asunto por vergüenza torera y asume su destino trágico—. El tercero, un tenientillo asmático. Y les hacen bajas, y muchas, al mejor ejército del mundo. ¿Por qué he de admirar a los del Álamo, que ni me va ni me viene? Montealeón marca más mi vida, esos valientes... Montan un chocho de la hostia.

P. Daoíz cae bajo las bayonetas francesas, a lo David Crockett, atravesando con su espada antes al general Lagrange, ¡vaya escena!

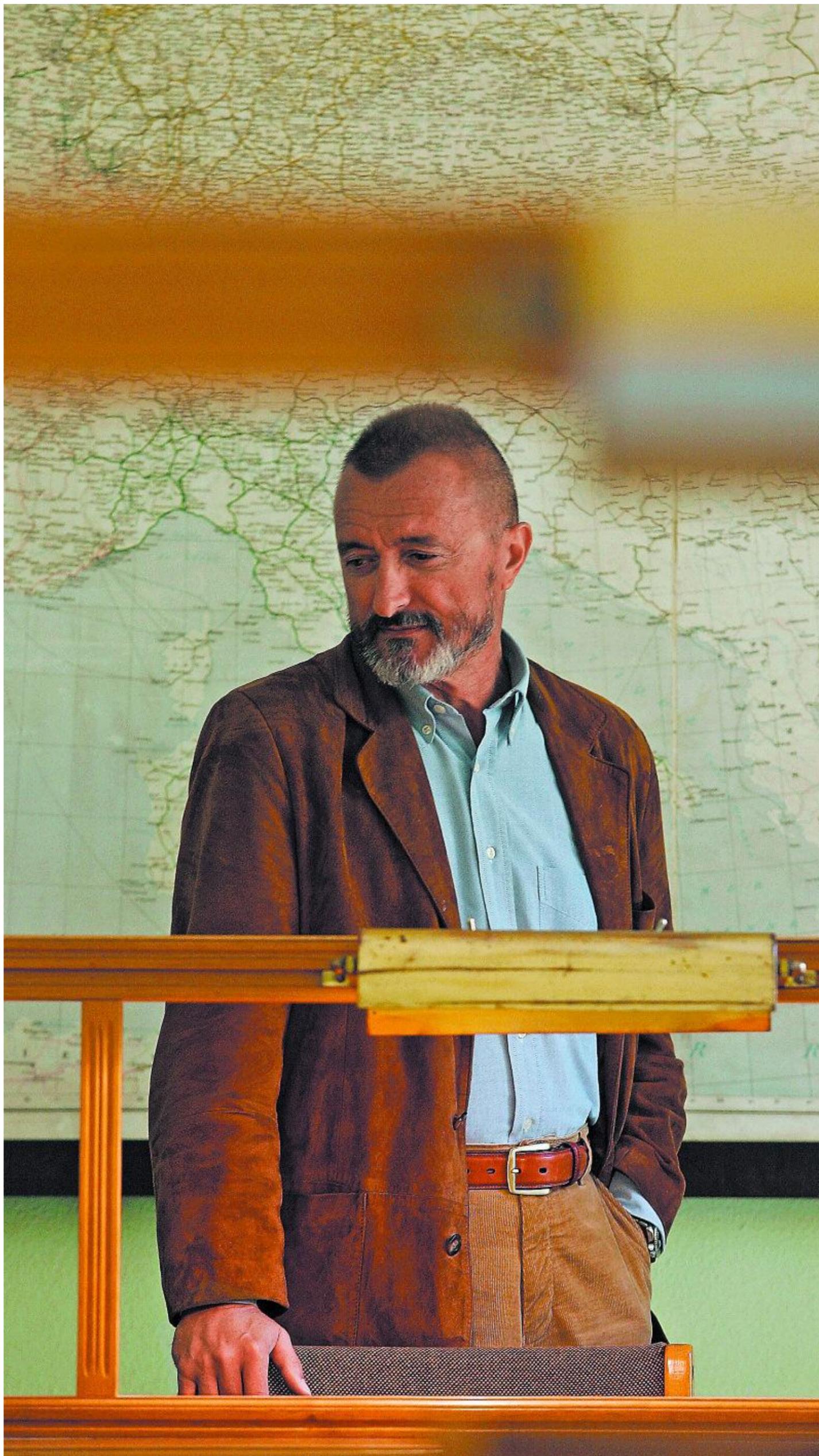
R. Así fue, hay testimonios.

P. Parece que admira usted ese valor.

R. Pero todo eso fue para mal. No lo olvidemos. ¿Qué se puede esperar de un pueblo que se echa a la calle porque está cabreado? Eso no puede llevar a nada bueno. Pero, claro, es una jornada fascinante.

P. *Un día de cólera* se puede leer como un parte de bajas. Esa obsesiva y recurrente enumeración de las víctimas, todos esos nombres de los participantes, párrafos en-





Arturo Pérez-Reverte, en la sede de la Fundación de los Ferrocarriles Españoles en Madrid.

teros. ¿No teme que puedan hacer engorrosa la lectura?

R. Era fundamental lo de los nombres. Estoy hablando de personas, del albañil, la pescadera, el picador, gente concreta, gente de verdad, seres humanos. Eso no puede hacerse de forma anónima. El lector tiene que reconocerlos. Además, es un recurso clásico, a la manera homérica. No escatimo esa reiteración. Los personajes del Dos de Mayo no son abstracciones patrióticas. Tengo las listas y las uso.

P. Y si al lector le corta...

R. Que se fastidie. El libro lo requería. Creo que ese uso de los nombres aporta más de lo que pueda entorpecer. Tras la lectura, no te queda un concepto abstracto como *el pueblo de Madrid*, sino nombres, personas. De todas formas, ojo, eso de los nombres es algo que dosifico y sitúo estratégicamente en la narración.

P. Hace constar las profesiones de los que cita, y las edades.

R. Sin esos datos no se entiende el Dos de Mayo, sin ellos nos manipulan, te llevan al huerto los políticos y los hijos de la gran puta, ponlo así, por favor.

P. También aparecen dos maestros de esgrima, a uno le hace morir dándose de sablazos con los dragones franceses.

R. Yo no *le hago*, yo no hago nada, bueno, casi nada.

P. Parecía un guiño a *El maestro de esgrima*.

R. No, no. Son personajes reales. No hay ningún guiño en esta novela.

---

**“¿Qué se puede esperar de un pueblo que se echa a la calle porque está cabreado? Eso no puede llevar a nada bueno”**

---

**“Estoy hablando de personas, del albañil, la pescadera, el picador, gente concreta, gente de verdad, seres humanos”**

---

P. Da la impresión de que se lo ha pasado muy bien escribiendo.

R. Ha sido un trabajo enorme. ¡Pero lo que he disfrutado! Con las lecturas y mapas, y paseando por Madrid, imaginando la carga de caballería en la Puerta de Toledo, entendiendo por qué caen tantos madrileños en un lugar: ¡porque huían de los coraceros cuesta arriba!

P. Una topografía del terror.

R. Vas encontrando fantasmas, y los ves luchar y morir, y entiendes por qué mueren así y ahí. Es algo muy conmovedor. De nuevo, por supuesto, está mi experiencia personal en combates callejeros, que me permite leer la batalla sobre el terreno. Enfiladas, ángulos de tiro, descubiertas. Lo que en los documentos eran simples listas de bajas cobra sentido.

P. Me da la sensación de que, pese a la objetividad y tal, a lo largo de la narración usted se va calentando.

R. No yo, es la historia la que se calienta en esas horas, ese día.

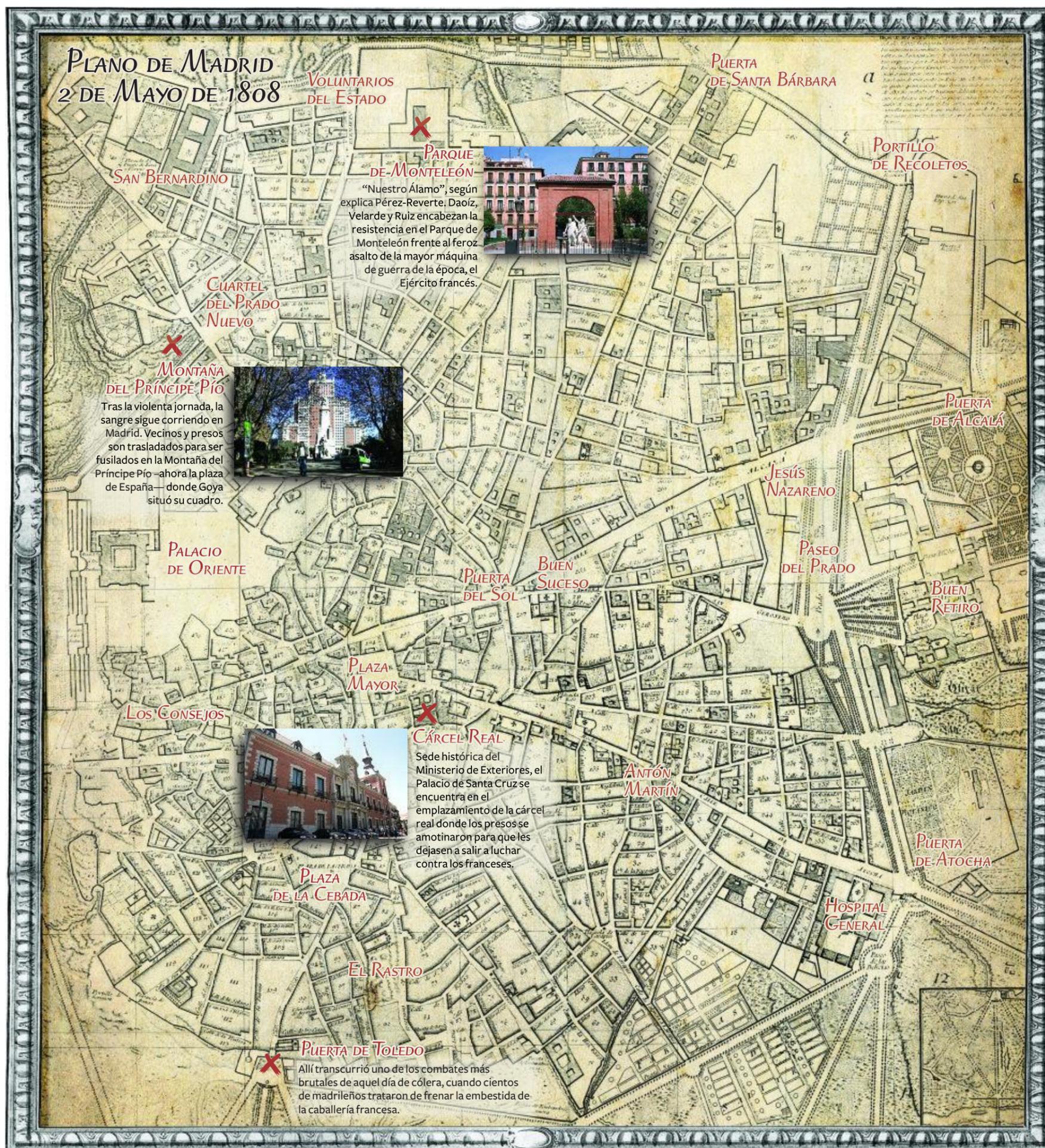
P. Pero se percibe que la odisea de esas partidas y esos individuos, esa gente desesperada, le conmueve.

R. Me conmueve su terrible orfandad, que nadie los apoye. Nadie los orienta, nadie se moja, nadie media por ellos al final, cuando van al matadero.

P. Los fusilamientos son estremecedores. De un realismo que espanta. Los de la Montaña del Príncipe Pío...

R. Así han sido siempre, con fusiles de avancarga o armas automáticas, no son esce-

Pasa a la **página siguiente**



nas imaginadas, las he visto en Angola, Nicaragua, Sarajevo. Ésa es mi ventaja. Pones experiencia, historia y Goya y sale lo que hay en el libro.

**P. La forma en que los franceses van casa por casa, vacían las cárceles, seleccionan a los presos, los ejecutan. Esa matanza sistemática hace pensar en las Fosas Ardeatinas o en los Einsatzkommandos.**

R. Fue un comportamiento similar al de los nazis. Los franceses están furiosos por sus bajas. Odian y desprecian a esa gente baja, sucia, fanática. Hay un componente de racismo, sin duda. Aunque más racista era nuestro aliado, el inglés.

**P. Hay disparos en la nuca, y a los que van a fusilar les hacen quitarse la ropa.**

R. Es lo habitual.

**P. Nada de elegancia napoleónica.**

R. No me hagas reír, mírate los grabados de Goya.

**P. El punto de vista, la simultaneidad, le habrá dado problemas.**

R. Tenía las paredes de casa llenas de anotaciones, de personajes. Sabía dónde estaba cada cual en cada momento. Manejar todo eso, respetando los horarios, fue todo un desafío. Hay una parte en él muy técnica.

**P. También utiliza el punto de vista de los franceses.**

R. No hay buenos ni malos. Hay que entender a los franceses: ven a una chusma.

**P. Y tienen muchas bajas: 2.500, según algunas fuentes.**

R. Yo creo que hubo menos, pero es cierto que al inicio del Dos de Mayo tuvo lugar una auténtica caza del francés, y les pillaron en pelotas, aislados, desprevenidos. Murat le escribe a Napoleón que han tenido cantidad de muertos y que lo diga él, una bestia parda acostumbrada a las batallas más sangrientas, significa que de verdad los hubo. Por otro lado, no fusilas tanto si no ha habido mucho mal rollo.

**P. Les hace hablar alguna vez con acento —Marbot dice “cobagdes”, Murat a un**

sacerdote: “Te vamos a fusilag, cuga”—, pero estamos lejos de Trafalgar y no digamos de la hilaridad de *La sombra del águila*.

R. Los franceses hablan como lo hacen. Toques de humor hay pocos, sólo los que da la historia, la desmesura de la jornada.

**P. ¿Y Arturo Pérez-Reverte qué hubiera hecho ese colérico 2-M?**

R. Yo no sé qué hubiera hecho. De joven, como todos, pensaba que hubiera salido a luchar. Ahora, con la lucidez de los años, no soy capaz de decirlo. Depende de cómo hubiera ido todo, de las circunstancias que me hubiera tocado vivir. En principio, salir a la calle para qué, ¿para defender a esos curas, a esa nobleza inculta, a esos Borbones corruptos? Que salga su puta madre. Pero si veo a ese francés matando a mis vecinos, fusilando, ejecutando. O si una bala perdida alcanza a un familiar en casa...

La conversación se alargará para entrar en terrenos tan concretos como la forma de doblar el codo los coraceros al cargar con

sus espadas o el tipo de unidad francesa (¡marinos de la Guardia!) que Goya representó en sus *fusilamientos del 3 de mayo*. Pérez-Reverte referirá cosas tan espeluznantes como las consecuencias de una herida en el vientre. El novelista explicará que presencié una en Bosnia, para espanto de una joven que escucha disimuladamente la conversación en la mesa de al lado. La chica empalidece cuando el escritor detalla cómo las vísceras del desgraciado, rajado por una esquila, se desparraman con un ruido líquido —“son azules y huelen”— y suspira aliviada cuando nos marchamos hacia las calles, que no saben lo que se les viene encima, para seguir reviviendo el Dos de Mayo. Cañones, cañones, cañones. •

**+ EL PAÍS.COM**

► **‘Un día de cólera’.** Más información sobre el Dos de Mayo con la lectura del primer capítulo de la novela de Pérez-Reverte.

# Un héroe coral

## Un día de cólera

Arturo Pérez-Reverte  
Alfaguara. Madrid, 2007  
404 páginas. 19,50 euros

Por Justo Navarro

HA NOVELADO Arturo Pérez-Reverte en *Un día de cólera* acontecimientos legendarios que realmente sucedieron en Madrid el Dos de Mayo de 1808 y pronto cumplirán doscientos años. No es una estampa de época, sino una crónica de gente viva, en el instante, en tensión y movimiento. "Este relato no es ficción ni libro de Historia", dice Pérez-Reverte. Yo diría que el protagonista es el pueblo insurrecto, verdadero y admirable personaje múltiple, caracterizado desde el principio por una cita de Napoleón: "Los españoles en masa se condujeron como un hombre de honor". No importa que el mismo caudillo los hubiera juzgado antes "una chusma de aldeanos embrutecidos e ignorantes, gobernada por curas". El levantamiento del Dos de Mayo en Madrid contra las tropas imperiales fue un acto de heroísmo colectivo, coral, memorable, que a su capacidad de leyenda suma el hecho de que conserve, como las grandes obras literarias, un fondo enigmático nunca resuelto del todo. Pudo ser una conspiración calada sobre el motín que en Aranjuez derribó a Godoy y forzó la abdicación de Carlos IV. Galdós unió las dos jornadas en *El 19 de marzo y el 2 de mayo*, uno de sus episodios nacionales. En Aranjuez se vio al conde de Montijo dirigiendo a la masa con disfraz de palurdo, "montera, garrote, chaqueta de paño pardo", como cuenta Galdós, y lo que parecía un amotinamiento popular fue más bien una revolución palaciega. Sea lo que fuere, el Dos de Mayo acabó en el levantamiento y aplastamiento del pueblo invadido por el francés.

Puede que mediara la provocación imperial, según el plan napoleónico de quitarles con cualquier pretexto la corona de España a los Borbones para dársela a algún Bonaparte. El primer muerto del Dos de Mayo fue un soldado francés, derribado a garrotazos y sableado. Entonces empezó

la matanza contra el gentío desparado, y se desató la venganza, la caza del invasor sanguinario. El relato de Arturo Pérez-Reverte es panorámico. El narrador se acerca a su multitud de personajes como una cámara que, al ritmo sostenido que la acción exige, recorriera el tiempo y el espacio de los acontecimientos para ofrecer una visión total del día, del principio al fin. Pero el talento del novelista se demuestra en su capacidad para el primer plano, para revelar lo particular, lo individual, en el gran panorama histórico. Pérez-Reverte identi-

guerras que contaba Stendhal, una celebración de los esfuerzos inútiles y la grandeza de las batallas perdidas de antemano, que ya habíamos conocido en otras historias napoleónicas de Pérez-Reverte, *El húsar* y *La sombra del águila*.

Un sistema de antagonismos activa la tensión: españoles contra franceses, pueblo frente a clases altas e instituciones sumisas o entregadas a Napoleón, la frialdad profesional de las tropas imperiales frente al arrebatado pasional de los madrileños, la enormidad de la potencia militar dirigida contra individuos prácticamente indefensos. El rechazo a la invasión es una cuestión de sentimientos en un Madrid que "zumba como una colmena peligrosa". La desconsideración francesa, pro-

propio. El levantamiento se parece al fulminante ataque de cólera que sigue a la pérdida de una paciencia excesiva. No se mide la desproporción de fuerzas. Veteranos de Austerlitz y Jena aplastarán a una turba irredenta armada con tijeras, hachas, cuchillería de cocina y escopetas. El heroísmo colectivo es el valor de cada valiente, hombres y mujeres, y el narrador cuenta el momento en el que se crea un personaje histórico, el nacimiento de la idea de pueblo o nación española como protagonista de la Historia, una multitud de seres con emociones en común, nadie excluido, desde el honrado trabajador a, como decía Galdós, granujas y holgazanes "convertidos en guerreros al calor del fuego patriótico que inflamaba el país".

"Ustedes no pueden figurarse cómo eran aquellos combates... Una confusión, una mezcla horrible y sangrienta que no se puede pintar", escribió Galdós. Pérez-Reverte representa sensorialmente aquel furor, lo más inmediato, el clac, clac, clac de las navajas de muelles al abrirse, el pensamiento que se va a los hijos un segundo antes del choque definitivo, el olor de la culata pegada a la cara, la pregunta fundamental: ¿qué hago aquí? ¿Por qué tiembla el suelo? Son las herraduras de los caballos que se acercan. Cargan los mamelucos a brida suelta. Relinchan las bestias desventradas, acuchilladas, entre coces, derribadas con su jinete. Es el degüello, la ferocidad de quien nada tiene que perder, "el odio insensato de quien sólo quiere venganza". Agua y aceite hirviendo llueven de las ventanas. Seguimos la lista funeral de los caídos, el registro de los libros parroquiales de difuntos. Nos admira el esplendor heráldico de los uniformes, con su nostalgia de un mundo ido, casacas de colores vivos, botas hannoverianas, el colbac de piel de oso, el azul turquí de los artilleros españoles, el dolmán verde con peliza roja de los imperiales Cazadores a Caballo, el amarillo de los dragones de Lusitania y el azul de los

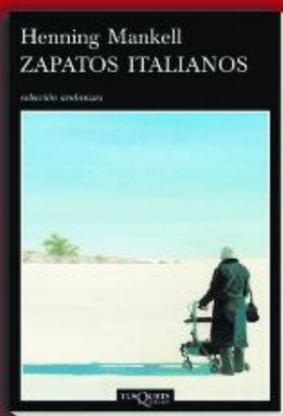
Guardias Walonas, la cruz blanca en la escarapela roja de los regimientos suizos al servicio de España, pero también la dignidad de capas y capotes, monteras y sombreros de ala caída y redecilla en el pelo, la chaquetilla de alamares, la faja y la navaja. No hay esperanza, lo sabe el capitán Daoíz: "¿De qué sirve batirnos? Por el honor, por el ejemplo". •



Arturo Pérez-Reverte. Ilustración: Sciammarella

ca a sus criaturas, las llama por su nombre, las vivifica, y el gesto de héroes y heroínas resalta épica en la hazaña colectiva como un signo del valor de su pueblo. Y, al mismo tiempo, el narrador asume alguna vez una distancia de ironía suave que acaba siendo proximidad, simpatía, identificación con los que participan en el combate callejero. Hay en el fondo, como en las

pias de quien ocupa un lugar conquistado sin disparar un solo tiro, es arrogancia de taberna. El capitán de artillería Daoíz se avergüenza de haberse contenido ante bededores imperiales que en un café se burlaban del pueblo desgraciado. Es imposible lamer las botas al francés, y el rencor contra el invasor de la patria depende de pequeñas y cotidianas heridas en el amor



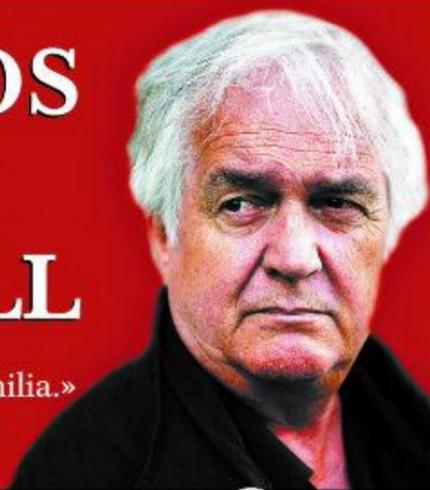
## ZAPATOS ITALIANOS

La nueva novela de

# HENNING MANKELL

«Una historia subyugante sobre el amor y las relaciones de familia.»

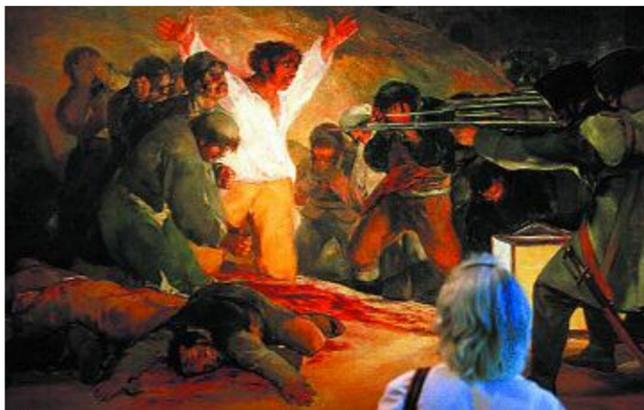
Frankfurter Allgemeine Zeitung



[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)



# La furia en el arte



El tres de mayo. Los fusilamientos de la Moncloa (1814), de Francisco de Goya.

Goya retrata la rebeldía anónima y brutal del pueblo sublevado que masacra y es masacrado con una verosimilitud extraordinaria. Alenza plasma el heroísmo de Daoíz; Palmaroli, los enterramientos de las víctimas, y Dumont, el desgarró de Juan Malasaña. Por Francisco Calvo Serraller

**1** FRANCISCO DE GOYA  
**El dos de mayo de 1808. La carga de los mamelucos (1814)**  
Museo del Prado, Madrid

Pintado seis años después de los hechos representados, como su pareja de *Los fusilamientos de la Moncloa*, no hay el menor indicio fiable para suponer que Goya los presenciara, lo cual no quita verosimilitud a esta pintura sobre la formidable lucha espontánea del pueblo madrileño contra las fuerzas de ocupación francesas, entre los que se encontraban los vistosos y exóticos mamelucos, poco después de correrse la noticia del secuestro y traslado de la familia real española. Toda la composición vibra con ferocidad romántica mostrando la rebeldía anónima y brutal del pueblo sublevado, que masacra y es masacrado, dejando Goya una nota inequívoca del horror que le producía la guerra y la fascinación ante la violencia desatada.

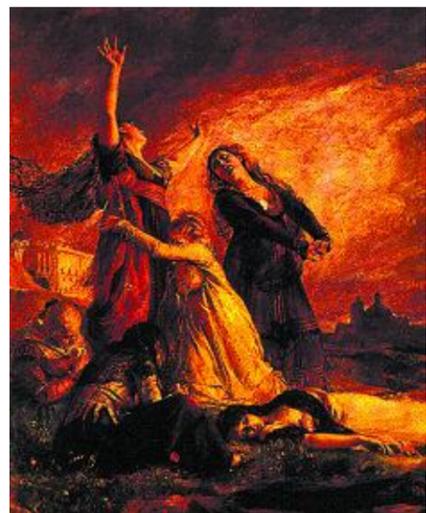
**2** FRANCISCO DE GOYA  
**El tres de mayo. Los fusilamientos de la Moncloa (1814)**  
Museo del Prado, Madrid

Como el anterior, no sólo se trata de una escena conocida por el pintor *de oídas*, sino que tuvo lugar, en la madrugada del 3 de mayo, en los desmontes de Príncipe Pío, lo cual no resta verosimilitud al impresionante cuadro de Goya, la primera manifestación artística de la superioridad moral de los vencidos, tratados como héroes anónimos, sobre los vencedores, representados como una, a su vez, anónima y sombría máquina de matar. Los brazos en cruz del hombre de la camisa blanca son una rememoración secularizada del Cristo crucificado. Esta obra de Goya es, por lo demás, desde el punto de vista moral, el más

claro antecedente del *Guernica*, de Pablo Picasso.

**3** LEONARDO ALENZA  
**Muerte de Daoíz en el Parque de Artillería (1835)**  
Museo Romántico, Madrid

Nacido en 1807 y muerto en 1845, el goyesco Alenza narra la defensa del Parque de Artillería de Montealeón llevada a cabo por la milicia y el pueblo madrileños, al mando del capitán Luis Daoíz, que no sólo instó a



Enterramientos de la Moncloa el 3 de mayo de 1808 (1871), de Vicente Palmaroli.

la rebelión, sino que armó a quien quisiera luchar y morir. Este asunto heroico fue abordado por artistas españoles durante todo el XIX, como, entre otros, Manuel Castellano en 1862 o el mismo Joaquín Sorolla en 1884, pero Alenza, menos descriptivo y prolijo, retiene aún el feroz expresionismo de Goya y la sensación de

oleada furiosa, mal encauzada por el caserío, que lo arrolla todo.

**4** VICENTE PALMAROLI GONZÁLEZ  
**Enterramientos de la Moncloa el 3 de mayo de 1808 (1871)**  
Ayuntamiento de Madrid

Cuadro monumental, representa casi la continuación de lo que Goya dejó plasmado en los fusilamientos de la Montaña de Príncipe Pío; esto es: los patéticos enterramientos de las víctimas en la fosa común, que acaba de cavar el siniestro personaje a la derecha de la composición, mientras, en la izquierda, vemos un grupo de atribuladas mujeres que rodean, entre gesticulaciones muy extremadas, el cadáver de una joven muerta, cuyo origen castizo está subrayado en su traje de manola.

**5** EUGENIO ÁLVAREZ DUMONT  
**Malasaña y su hija se baten contra los franceses en una de las calles que bajan del Parque a la de San Bernardo el dos de mayo de 1808 (1887)**  
Museo del Prado, depositado en el Museo de Zaragoza

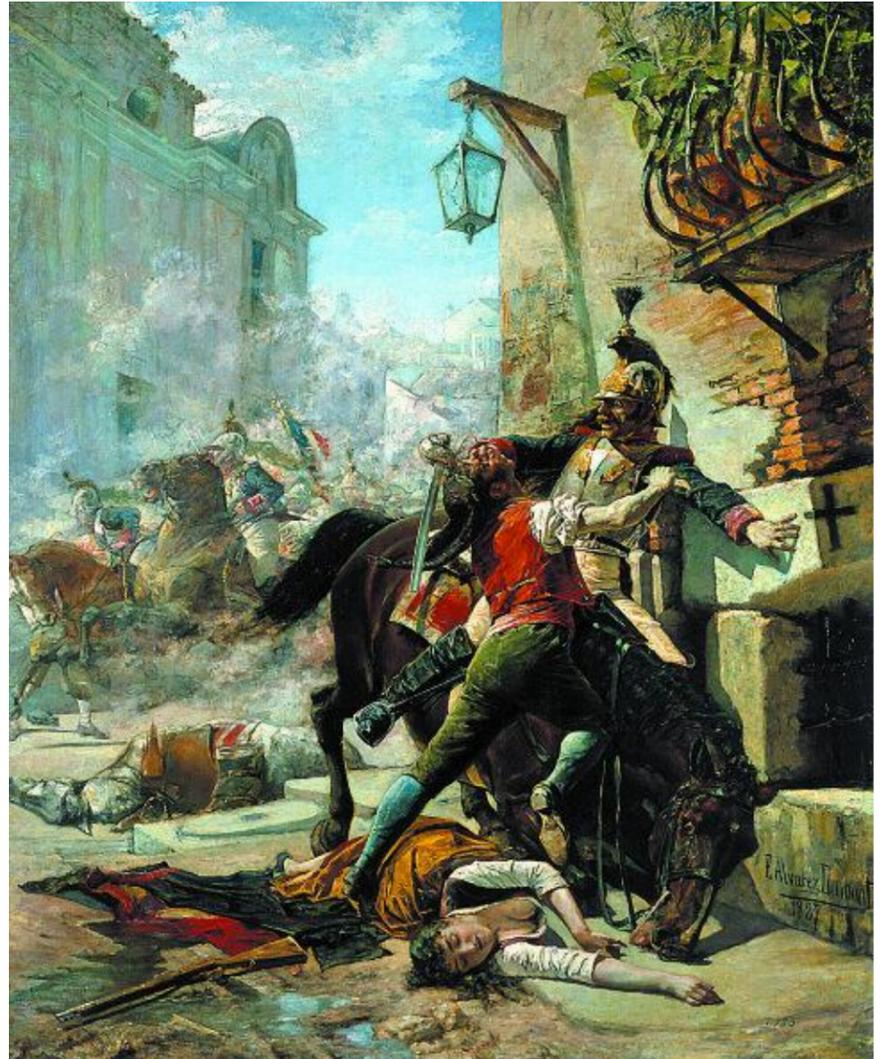
Especialista en temas bélicos y, en especial, de los de la Guerra de la Independencia, Eugenio Dumont narra el asalto mortal del guerrillero Juan Malasaña contra un horrorizado dragón francés, al que clava su navaja, tras haber dado éste muerte a su hija, la joven bordadora Manuela Malasaña, que yace a los pies del caballo junto a la escopeta con la que estaba disparando. Al fondo de la escena se ve una furiosa carga de la caballería francesa a lo largo de la calle ancha de San Bernardo, a la altura de la iglesia de Montserrat.



Muerte de Daoíz en el Parque de Artillería (1835), de Leonardo Alenza.



El dos de mayo de 1808. La carga de los mamelucos (1814), de Francisco de Goya y



Francisco de Goya y Lucientes. A la derecha, Malasaña y su hija se batían contra los franceses en una de las calles que bajan del Parque a la de San Bernardo el dos de mayo de 1808 (1887), de Eugenio Álvarez Dumont.